

Semana Santa

Guadalcanal, 1988



PREGÓN SEMANA SANTA GUADALCANAL AÑO 1988

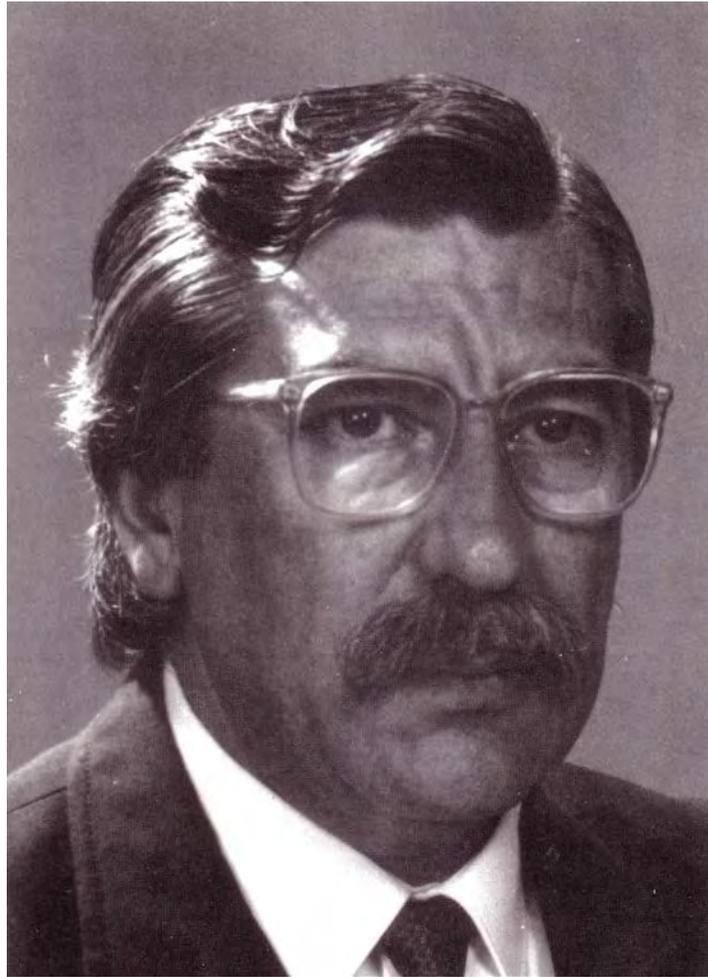
**ADRÉS
MIRÓN CALDERÓN**

PREGÓN DE SEMANA SANTA EN GUADALCANAL (SEVILLA) DEL AÑO 1988 PRONUNCIADO POR EL POETA GUADALCANALENSE ANDRÉS MIRÓN CALDERON

Presentación de Pedro Porras Ibáñez

El día 3 de abril de 1960, Domingo de Pasión como hoy, se dijo nuestro primer Pregón de Semana Santa. Se me ofreció a ello, por deseo propio, sin pedírselo nadie, el Dr. Osuna, que gloria halle. Tuve la ocasión de felicitarle por su excelente pregón de Cazalla, donde él entonces residía. Me puso como condición, el que se le facilitase los datos que pediría, lo que oportunamente hice. En debida correspondencia su presentación la tuve a mi cargo. Hoy, por segunda vez, para cumplir normas del Consejo de Cofradías, puedo decirnos quién es el que nos va a pregonar nuestra predilecta Semana Santa. En esta ocasión, lejos, muy lejos ya de aquella otra en la que lo hice a Don José María Osuna, la tarea es poca, por cuanto la persona que en este día se va a ocupar de ello, es de sobra conocida de cuantos nos encontramos aquí. Porque aquí nace, porque aquí convivió, y porque si bien es verdad que a ratos, aquí sigue conviviendo con nosotros. Su nombre nos es familiar, D. Andrés Mirón Calderón, apellidos bien enraizados en nuestro pueblo, Profesor y Poeta o Poeta y Profesor, que nunca se sabe bien la preferencia del que versifica. Ha llevado ya el nombre de Guadalcanal más allá de sus confines, conquistando con sus versos preciados galardones, entre los que voy a recordaros, al llevar el nombre de un condiscípulo mío, el premio de poesía "Florentino Pérez-Embid" que se le concedió por su obra poética titulada "Libro de las Estatuas de los Héroes". Allí nos habla líricamente de realidades nuestras, El Humilladero, El Paseo del Palacio, El Altozano, La Morería, La Almona, La Cava, La Torre de Santa María, esa torre que también nos simboliza.

Él nos va a deleitar con exquisito verbo, mucho más porque lo consagrará a vivencias de aquí, a lo que es entrañable del ser Guadalcanalense en presencia o en referencia. No sería justo silenciar en esta presentación del Poeta Andrés Mirón, que, con pocos años de juventud, afrontó la dirección de nuestra revista local, en aquel entonces sólo Revista de Semana Santa, abrazando con paciencia los problemas y dificultades que el cargo conlleva, lo cual no deja de ser meritorio en el terreno de la autoexcelencia. Nosotros, que le acompañamos hombro con hombro en el camino loco a nuestro Guadalcanal, tenemos por seguro que nos va a decir un emotivo pregón que ya si más preámbulo le vamos a escuchar.



Rvdo. Sr. Cura Párroco
Excelentísimas Autoridades
Dignas representaciones de las Hermandades de Penitencia
Amigos todos:

Luego de un cuarto de siglo de intenso trajín por el campo, nunca abonado, de la Literatura y de un ir y venir de la ceca a la meca de la palabra escrita y en ocasiones hasta hablada, llego ante vosotros con el raro cometido de poner pórtico a algo que, ciertamente y por razones obvias, conocéis mejor que el propio pregonero. Nadie dirá, por tanto, que soy profeta en esta tierra y, menos, que no tengo ya suficientes kilómetros de ausencia como para que el último monaguillo hiciera esto que me encomiendan con más éxito que este lejano -y al mismo tiempo próximo- hijo de Guadalcanal, que no de Sevilla, como figura en algunas enciclopedias. Cumple, ante todo, expresar mi agradecimiento a las Juntas de Hermandades y Cofradías por su amable recuerdo y culpar a mi familia de esta

más que notoria osadía, ya que fueron mi esposa y nuestras hijas quienes me obligaron a aceptar el oficio que aquí me trae.

He dicho osadía y no exagero en absoluto. ¿O acaso no es un golpe de estado cofrade el que alguien que nunca estuvo inscrito ni tuvo vinculación con hermandad ninguna venga a hablaros precisamente a vosotros, cofrades, de la Semana Santa? Un extravagante atrevimiento, sin duda.

Numerosas tribunas he ocupado a lo largo de ese tiempo a que antes aludía, pero ninguna con tanta incompetencia y falta de arrestos necesarios como lo hago en esta ocasión.

Lo mío es una canción que no viene al caso. Vaya por delante que el tema al que hoy me enfrento me resulta, si no desconocido, sí bastante marginal. Estáis ante un pregonero -o lo que sea- que no sabe ni cómo se abre un Libro de Reglas, tan llamativos ellos, tan artísticos, con esos recamados en metales preciosos, que tengo vistos en las procesiones de mi barrio de templos fernandinos. ¡Mi barrio sí que es cofrade!

La Semana Santa es una asignatura que tenemos pendiente la mayoría de los poetas españoles. Quitando el "Discurso de las Cofradías de Sevilla". de Rafael Laffón, que se ciñó a los símbolos, sobre la Semana Santa, hay literariamente muy poco hecho. Digo literariamente, porque historias y ensayos antropológicos, folklóricos y desacralizadores los hay por ahí para llenar un camión de Joropo. Y los pregones, casi todos los pregones, suelen ser auténticos vendavales de tópicos, con consideraciones teológicas incluidas y frecuentes referencias sentimentaloides de diversa gravedad sobre aquel hermano que se fue o este otro que hogaño no puede vestir la túnica nazarena por cefas o por nefas. Es demasiado. ¿Y qué me decís de ese tono engolado, muy enfático y hasta teatralmente emotivo que, sin que uno alcance a explicárselo, conlleva este menester? Demasiado tópico. Permitirme, pues, que os hable con los pies en el suelo.

Difícil lo tiene un pregonero que, para más inri, no pasa de ser un cristiano de vía estrecha, con las bendiciones estrictas y que nunca sintió la llamada semana-santera. Por consiguiente, si no me asisten méritos cofrades y, de otra parte, ni siquiera me vale ser el más brillante escritor que vive en Tres Picos, ¿qué hace un poeta como yo en un sitio como éste? Muy sencillo: estoy aquí a título de hijo de Guadalcanal, que es una de las mejores cosas que se pueden ser en la vida, sin despreciar el ámbito delicioso de la Alhambra y el verderío inefable del Generalife.

Así las cosas, el que os habla ha tenido que escribir este texto expresamente y de un tirón, a diferencia de lo que ocurre con los cofrades, que, como se sabe, todos tienen previsoramente su pregón en la carpeta más a mano por si los llaman de buenas a primeras. Otra desventaja. Concretando, si de pregones se trata, entiendo

que todo en Guadalcanal, incluida la Semana Mayor, es pregonable. Recordad aquellos otros pregones, menos solemnes desde luego, como los de Chisme, por la mañana con no sé qué pasteles y si de tarde, la lotería y las avellanas. Pero, con aquel pluriempleo, un día el hombre se equivocó de pregón y excuso deciros lo que se formó en la esquina de La Puntilla. Y otro pregonero memorable, entre tantos, fue Rajamantas, el humor siempre a flote, con el reloj perdido desde el Berrocal Chico hasta el Jurado la correspondiente gratificación, o bien con la orden del señor alcalde invitando al vecindario a la inauguración del mercado de abastos en la iglesia de San Sebastián, mudejática y del siglo XV, por más señas. Ya digo: aquellos eran otros pregones.

El mío -perded cuidado- no va a ser un sermón de Fray Gerundio de Campazas ni tampoco una monserga erudita sobre el origen, trayectoria y vicisitudes de nuestras hermandades a lo largo del tiempo, como alguno estará pensando ya, con esa matafica por la historia local que se trae este extrañísimo emigrante que de vez en cuando viene -¡tiene que venir!- a beber de esta luz y a deleitarse con la fluencia sonora de este río de creación que es Guadalcanal. Nada más lejos de mi propósito. Demos por sentado que nuestra Semana Santa existe desde siempre -un "siempre" que puede arrancar en el Concilio de Trento- y que tiene asegurada su continuidad. Pero atención aquí. Creo que este acontecimiento es lo que más nos acerca a Sevilla. Al menos, así lo intuyo, pues no conozco bien nuestra actual Semana Santa, contrariamente a lo que escribí, a propósito de un libro mío, Asenjo Sedano: "Andrés Mirón, de Guadalcanal se conoce hasta las piedras". Tampoco conozco personalmente a Asenjo Sedano. En todo caso, ya veis cuánto exageraba este crítico. Divagación aparte, considero positiva esa proximidad en razón de lo excelso del modelo. Excelente iniciativa es, desde luego, que se funden nuevas cofradías por más completar las distintas secuencias que integran el drama sacro de nuestra Redención. Pero no es aconsejable, por contra, hacer tabla rasa de una serie de aspectos y matices que han venido conformando nuestras señas pasionales de identidad.

Tirando levemente del archivo de la memoria, el pregonero se remonta a aquellas primaveras en que solía ir a buscar hinojos al Puente de San Benito y ve, la mañana del Jueves Santo, el paso del Amarrado vuelto hacia la puerta de la cárcel de Los Milagros y Enrique "El Jabonero" saliendo de ella, en un simulacro de puesta en libertad, con su traje de patén nuevo y los cinco duros en el bolsillo, él sabría para qué. El pregonero torna con la mente a aquella época y encuentra a su abuelo Marciano repartiendo cigarros "el cubanito" a los miembros de la Banda, luego de interpretar, por su petición, la marcha "lone". El pregonero contempla por el ojo de la cerradura del tiempo, la tarde del Viernes Santo, a los alabarderos en la Cava, en posición bastante desairada y con miles de apuros, mientras el Santo Entierro por los naranjos ya, a causa de un hartón de suero con gañotes en la casa del mayordomo. El pregonero

escucha entredormido el Sermón de Jesús y, ya despierto, el cántico elevado de la Verónica, aquella voz angelical, que, para mejor afinamiento, trataban previamente los hermanos a base de claras de huevos con unción ceremonial. El pregonero, en fin, tiene para sí que esto último -por devoción, singularidad y pintoresquismo- debería recuperarse. Lo anterior por anecdótico, es insostenible.

Y aquí concluye el quinario cuaresmal que ha sido este larguísimo preámbulo y, sin más dilación. paso al Domingo de Ramos de Guadalcanal.

Para situarnos, empecemos por la filiación:

Nombre: Jesús. El hijo de María.

Nació en Belén. Oficio: carpintero.

Treinta años puliéndose el madero
para tres lentas horas de agonía.

Jerusalén, Betsaida, la alegría
de un loco Tiberíades, el sendero
de la casa de Marta, el hormiguero
de hosannas por su frente todavía...

Jesús de Nazaret. Cristo prendido.

Tres años de cosechas y nublados
dándose en su palabra iluminada.

Cristo muerto en la cruz, escarnecido,
una esponja con hiel, unos soldados
y una mujer que llora desolada.

En un pueblo meridional, como es el nuestro, la celebración de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, fundamento de nuestra fe y faro de nuestra esperanza, la humanización de lo divino, como querían los artistas clásicos, no podría permanecer ajena a eso tan sutil, tan inexplicable a veces, que es la armonía. Ocurre en ocasiones que nos extasiamos ante algo y no sabemos bien por qué. Lo armónico suele estar a un paso de lo perfecto, vocablo éste que asustaba a Unamuno, sin duda porque no conocía nuestra Semana Santa. El fervor religioso que tan cabalmente impregna y caracteriza a nuestros cofrades y la sensualidad estética que, a cofrade o no, regalan estas sierras primeras que vimos, se aúnan y armonizan para producir ese prodigio de representación a lo divino que son los desfiles procesionales de Guadalcanal. No en balde es la más antigua tradición que se conserva. Ya Ortega dijo que un pueblo es, ante todo, un repertorio de costumbres. habrá, por tanto, que admitir que existe, también, una Pasión según Guadalcanal y que ello es así porque lo da la tierra.

Nuestras calles, con esa arquitectura popular felizmente conservada, sus esquinas airoas, los recovecos radiantes, las molduras dieciochescas, las conchas

santiaguistas decorando fachadas de sedes y dependencias de la Orden, esas cales rabiosas como tocando a deslumbros, las gárgolas que ni el viento del Puerto desnariga, las cornisas que respeta la intemperie, los severos adobes de torres y espadañas desafiando a los siglos desde sus altos clamoreos, las veletas caudales sacando agua del viento de estas sierras, el plúmbago en las tapias, las arquivoltas señeras poniendo puntos suspensivos a la albura, los herrajes artesanales por donde se inclinan reverentes las flores novicias, los aleros pajariles con la algarabía que trajo la estación... Todo, todo no parece sino que hubiera sido concebido y dispuesto para albergar esa eclosión barroca, cristianamente trascendida, con que los cofrades de Guadalcanal procesionan a sus Cristos y a sus Vírgenes.

¿Y qué decir de ese gran óvalo alzado y orlado de naranjos, testigo mudo del acontecer del pueblo, donde la luz se embalsa para tiempos de sequía y expanden su concierto de colores el azahar, la adelfa y el geranio?

¿Qué decir de nuestra Plaza Mayor? En verdad, yo no sé si el cielo baja a la plaza, o bien que esta belleza se confabula con lo celeste para hacernos soñar que ya volamos hacia aquella altura que nos tienen prometida. Probablemente, vosotros, cofrades, sepáis más de ello que este poeta profano en funciones de pregonero furtivo.

Lo que realmente origina, conforma y, en definitiva, insufla un alma motriz vivificadora a la Semana Santa es la cofradía. Sin ella no sería posible. A menos, no sería tal y como aquí se la concibe y manifiesta. De hermandad se trata, gracias a Dios. Hermanos que andáis todo el año preocupados en el diseño y confección de los respiraderos de un paso, en la restauración de un manto bordado en oro, en la adquisición de unas potencias para un Cristo, en el plateado de unos candelabros de cola... Entrega. De ahí que, cofradieramente, la Semana Santa de Guadalcanal comience el Domingo de Resurrección y termine el Domingo de Ramos. Lo que media es puro éxtasis.

Se velan las primeras armas cofrades en la hermandad conocida por la de La Borriquita -esto es, la Sagrada Entrada de Jesús en Jerusalén-, que congrega a la grey infantil en el luminoso y alboceleste desfile callejero de la mañana del Domingo de Ramos de olivos guadalcanalenses... Se diría que el campo se desfleca por el pueblo con lo mejor y más abundoso de sus frutos. Y Jesús, humilde y cabalgante, entro los hosannas de aquellos a quienes hemos de asemejarnos...

Entras en Guadalcanal
hoy, Jesús, como si entraras
de nuevo en Jerusalén
entra vítores y hosannas.
En manos de la inocencia

los ramos de olivos pasan
y van dejando en el aire
un recado de esperanza.
Y pasa detrás la Virgen
con su rosario y su palma
regando de luz al pueblo
con el río de sus lágrimas.

El pueblo está en la calle. Hay ambiente festero, ciertamente. Pero también de reflexión, de penitencia. El guadalcanalense sabe que no andan reñidas ambas cosas; por el contrario, las armoniza hábilmente en ese afán gozoso por penetrar el misterio de la Redención. Y así -espiritualmente- lo vive. El pueblo está en la calle y hasta se apiña en esa esquina que lentamente traspone una cruz de guía, anuncio silente del tránsito de un Cristo flagelado o que camina hacia el Calvario.

Continúa la versión local de la Tragedia del Gólgota, la tarde del miércoles, con la salida procesional del Cristo de la Humildad y Paciencia y la Virgen de la Paz, cuya hermandad integran los costaleros todos del pueblo. Oigamos al costalero:

De plata.
Ponedla en paso de plata.
Dejadme sentir la huella
divina de su pisada.
¡Que no puede con su angustia!
¡Ponedla en paso de plata!
¡Qué dulce que irá, transida,
-lirio abierto a la nostalgia-
con su llanto apenas llanto,
y la sonrisa quebrada,
entre saetas y cirios
y estrellas y rosas blancas,
bajo un palio azul que tenga
doce varaes de plata!
Dirán que lleva la Virgen
toda la luna en la cara
y toda la noche grande
colgada de sus pestañas.

El pregonero, allá en su niñez, fue vecino de este Cristo sedente cuando se veneraba en La Concepción. Que lo lleven allí de nuevo es más difícil que yo vuelva a jugar a la billarda en el Cantillo. Y conste que es posible. Pero hay que querer, claro. Digo que es posible que yo vuelva a jugar a la billarda en el Cantillo de La

Concepción, no lo otro. Ni las cigüeñas de entonces, tabletean ya en la espadaña. El sonido de sus campanas apenas salía del barrio, lo que le daba un toque recoleto y conventual... En efecto. por el testamento del indiano Álvaro de Castilla, otorgado en Guanajato (México), el 17 de septiembre de 1641, se ordenó la fundación de este convento de clarisas. Algunos desvelos costó a mi tía Jesusa su conservación. ¡ni que hubiera sido indiana!

Regresemos a nuestro tiempo y a nuestro objeto y subamos a Santa Ana, otro barrio que está pidiendo a gritos una cofradía para conservar aquella antigua parroquia, al tiempo que se descongestiona Santa María de tanto paso procesional. Pero éstas son gaitas. Vayamos a las trompetas de la Banda que sigue a la Virgen de la Paz, que camina sufriendo en el alma cuanto el Hijo va padeciendo en el cuerpo.

Ya está el pueblo volcado en sus más puras devociones. Ya tenemos la calla convertida en la Jerusalén de la Sierra Norte por obra y gracia de unos cofrades que han sabido asumir un legado de piedad y lo han dilatado hasta los límites de sus propias, profundas convicciones. Ya andan los ojos guadalcanalenses con el deslumbro devoto ante unas peregrinas primorosas artesanías que han costado, en unos casos, siglos, y en otros, el anhelo encendido y desbordado de unos días, convencidos como están estos cofrades de que todo es poco para enaltecer la hermosura dolorida de sus sagradas imágenes.

Ya tenéis, cofrades, la noche por delante para que más fulgure la luminaria de vuestra fe. La noche es un camino si se sueña. Y esa senda y ese sueño -vosotros lo sabéis- prometen vida eterna. Recordad la "Noche oscura del alma" del frailecillo de Fontiveros.

Y también está aquí, ya, la otra procesión: la que va por dentro. Profana, sí, pero no por ello despreciable. Me refiero a esa dimensión evocadora que, como todo lo emotivo, tiene la Semana Santa. A poco que reparemos, una escena cualquiera, en estos días, de repente, nos lleva a una vivencia que habíamos dado por perdida. Algunos volvemos al niño que fuimos. Hay ocasiones en las que el pregonero ve unas alpargatas costaleras a través de los ojos de sus hijas. ¿Qué mejor puede ocurrirle al pregonero?

Ahora que el sol primaveral es apenas un recuerdo malva allá por el Monforte y asoma por Tres Picos la luna de Nisán, vayamos por la antigua calleja del Concejo, sombrosa tanto como estrecha, al Altozano Bazán para ver el cuerpo flagelado, malherido, perfecto pese al dolor, del Amarrado, entre sayones que empuñan látigos terribles y escoltado por la oración carmesí de unos penitentes que portan la cera que arde. Maniatado va el Señor a una columna de plata, del XVIII, con motivos rocalla e imperio, del punzón de Agustín Méndez. Y detrás, el paso de palio de la Virgen de la Esperanza, hecha un mar de lágrimas, en el jardín incandescente de la candelería.

Hasta el silencio se diría sonoro por mor del crepitar y del vaivén de los varaes del paso, con su cadencia peregrina. Se fundó esta hermandad en 1691 y es pontificia desde 1729. Y el madrigal de urgencia:

Virgen de dolor transida
sin pecado original,
tu hermosura celestial
va hacia Santa Ana mecida
por la luz, atardecida
y el destello de la cal.

Al amanecer del viernes, contemplamos en cualquier esquina -porque cualquiera es válida para deslumbrarse y sobrecogerse al mismo tiempo- el paso lento, fatigado, dolorido, de Nuestro Padre Jesús Nazareno, ayudado por Simón el de Cirene a llevar el pesado madero, que aquí es de carey y plata repujada. El monte de claveles rojos, la canastilla barroca, los faroles afiligranados, las bordaduras de oro sobre la túnica violeta, los senatus y estandartes recamados, las clámides glaucas y albos plumeros de la centuria, las filas moradas con cruces penitenciales... El colorido devocional del pueblo. Y la oración hecha copla:

Igual que un lirio marchito
bajo el peso del madero,
subes, Jesús Nazareno,
amorado y herido
por la Cuesta de Granillos,
calvario blanco del pueblo.

Sube detrás, lívida y llorosa, la Virgen de la Amargura, acompañada de San Juan Evangelista, sobre ese soneto que según el Padre Cué, es el paso de palio. Y así -con un sinfín de reformas y mejoras- desde el año de 1565, en que fundada esta hermandad en la parroquia de San Sebastián.

El sol primaveral irradia ya con todo su esplendor sobre unas cales que ni el día más triste del año hace enlutece. Hay en el ambiente, empero, algo de derrumbe, de abatimiento: el cansancio en los rostros, la cera derretida por las calzadas, las marchitas azucenas que ajardinaron la pena de María... Con todo, aún quedan fuerzas para apostarse en un lugar do los Cantillos para ver el paso del Cristo de las Aguas, crucificado, muerto, lanceado. Blancos penitentes lo acompañan, alabarderos desfilan junto al cadáver erguido y descoyuntado, enclavelado calvario lo sostiene...

Ya está todo consumado.
La sangre aflora de modo
que hay un mustiarse del todo

y una llaga en el costado.
Ahí pasa crucificado
aquel que al darse nos diera
una vida verdadera,
las alas para la altura...
Y el pueblo, desde su albura,
es un clamor sin frontera.

La devoción a este Cristo (no a esta imagen) se remonta al año de 1527, en que fue traído de América -de ahí la advocación de Las Aguas- por el hijo de esta villa Francisco Muñoz de la Rica. Y no es hasta el año 1867 que se funda esta Hermandad de las Tres Horas.

La Dolorosa de “las siete espadas” le sigue. Manto, saya y palio azulean rabiosamente aun en la angostura insólita de una calleja. En cambio, no alumbran –o alumbran pero imperceptiblemente- los candelabros del paso, pues no es menester la luz de esta mañana rutilante; pero aquí van, retorciéndose, dejando resbalar sus densas lágrimas por los guardabrisas...

He aquí helados, cristalinos,
sobre el virginal regazo,
muertos ya para el abrazo
aquellos miembros divinos.
Huyeron los asesinos.
Qué soledad sin colores.
Oh, Madre mía, no llores.
Cómo lloraba María.
La llaman desde aquel día
la Virgen de los Dolores.

Luctuosa, grave, solemne es la procesión, la tarde del viernes, de la Hermandad del Santo Entierro de Cristo y Nuestra Señora de la Soledad, que -radicada primitivamente en el convento franciscano existente en lo que hoy es el cementerio- es la más antigua de Guadalcanal, pues data su fundación de 1508. Cruz parroquial de plata sobredorada abre el desfile, y lo integran representaciones de todas las cofradías, yendo los hermanos enlutados y dando escolta de fervor a la urna barroca y dorada, coronada por un pelícano, que contiene el cuerpo sin vida de Jesús. Y cierra el cortejo la Virgen de la Soledad, con la congoja morena y dulcísima suya. La brisa abrileña mueve el sudario colgante y descaecido de la cruz, a cuyos pies va "la Sola del sol difunto..."

Desde la Sierra del Agua
hasta la Sierra del Viento,

se metió la tarde en llanto
y cubrió de luto el pueblo.
Cruzó la Virgen la plaza
con su firmamento negro
y nevaron los naranjos
y las adelfas gimieron
y en el aire de la torre,
sin bautizos de vencejos,
volaron siete puñales
y un huracán de silencio.
Sola se fue pueblo arriba,
Madre ya del Universo,
llena de gracia y llorando
detrás del Divino Entierro.
Con la mayor soledad
que humanos pechos se vieron,
la Virgen se fue y cubrióse
de altas tinieblas el cielo
desde la Sierra del Agua
hasta la Sierra del Viento.

Y el Domingo, cuando -para que así se cumpla la Escritura- el bronce santo de las campanas anuncie a los cuatro vientos que Cristo ha resucitado, es menester volver a la calle para presenciar el paso triunfal de aquel que nos amó hasta dejarse la última gota de su sangre al pie de un madero. Hay en cada cofrade un aleluya a flor de alma. Hay una claridad venida de lo alto, que todo lo inunda y que renace en cada ser creado. Alguien dijo que la claridad es un don, es decir, algo que se nos da sin mayores merecimientos. Y hoy, aquí, en este valle de gozos que es Guadalcanal, ese don se transforma en un fulgor de vértigos azules que nos desvela el supremo misterio del Alfa y el Omega. Y hay, también, un recuerdo efusivo y devoto para la que está en la orilla del arroyo Guaditoca, porque los guadalcanalenses no podemos, ni sabemos, ni queremos caminar sin Ella.

Y, por haber (ya en lo profano), hasta hay una danza de árboles gigantes, urdiendo un entramado verdeoscuro, que ni el sol más radiante logra penetrar y que es rompeolas de la Semana Santa y de todas las demás semanas de Guadalcanal. Me refiero a El Palacio:

Aquí en la gloria, es decir,
en el Paseo del Palacio,
donde el tiempo y el espacio
olvidan su discurrir,

sacar quiero a relucir,
con permiso de la cal,
que no hay belleza rival
de este viejo paraíso,
que porque Dios pudo y quiso
lo puso en Guadalcanal.

El pregonero, que -repito- no es cofrade, pero ama a este pueblo y sus tradiciones, como Juan Ramón adoraba a Moguer, y que, como Rilke, tiene aquí el paraíso de la infancia, no podría concluir esta disertación sin aludir a la extraordinaria labor de don Antonio en pro de nuestra Semana Santa. Mi gratitud para este cura, que trae un aire nuevo a nuestra más genuina celebración religiosa, que funda cofradías, que alienta una banda de música y que, encima, no nos vende las iglesias. Y si, de acuerdo con las Hermandades, ha cometido el error de llamarme para esto, perdonadle a él y arrojar al olvido mis palabras.

Ya os advertí, amigos, que ni siquiera conocía el ritual de esta ceremonia, cuyo oficio toca a su fin. Por Guadalcanal -ya lo veis- un poeta es capaz de todo.

Y como no beberé más de este agua semanasantera, aprovecho para deciros, de una parte, que el mejor pregón de Semana Santa, el más universal y duradero, es el Evangelio de San Mateo correspondiente a la próxima dominica. Y, de otra parte, sonetilmente

Os digo que es verdad tanta hermosura.
Yo os aseguro, amigos, que estas cales,
expanden sus relumbros cardinales
y señalan caminos a la altura.

Es cierto que el azul se transfigura
y el agua es un clamor. A ríos tales
Guadalcanal y cien guadalcanales
regalan claridad y donosura.

El Coso, el Berrocal, la Cava, el Cristo,
Santa Ana, el Altozano y cuanto esplende
desde El Palacio hasta la Costanilla...

El cielo derramado que hemos visto.
Bendita sea la luz que nos sorprende
y nos dona esta pura maravilla.

.....

Hecho en Sevilla los días 8 y 9 de marzo del año 1.988. Y será pronunciado, Dios mediante, en Guadalcanal el próximo día 20, Domingo de Pasión de este año de gracia.

A MAYOR GLORIA DE DIOS Y DE SU SANTÍSIMA MADRE LA VIRGEN MARÍA

.